

EL ATOMO!

desplazar al destructor trinitrotolueno de las bombas.

El mundo está ya en guerra. El interés científico que había despertado el átomo se trueca en desesperada obsesión. En Alemania, en América, en Dinamarca, en Rusia, se libran verdaderas batallas contra el átomo, para arrancarle su último secreto. Nacen verdaderos ejércitos de espías y de contra espías, para llegar a saber lo que ocurre en los distintos laboratorios de aquellos países que cifran todas sus esperanzas en la rendición incondicional de la diminuta partícula para aniquilar luego al enemigo.

Y en esta hora crucial es nuevamente una mujer la que da el paso decisivo. Elsa Meitner junto con Frisch, alemanes, trabajando en el laboratorio de Bohr en Copenhagen, encuentran en 1939, que al hacer estallar artificialmente el uranio, libera cantidades de energía insospechadas. Rapidamente comunican los resultados de su experimento a Enrico Fermi, por aquel entonces en la Universidad de Colombia (U. S. A.), y el gran físico italiano da finalmente con la reacción en cadena del uranio.

El átomo queda ya bajo el total dominio del hombre.

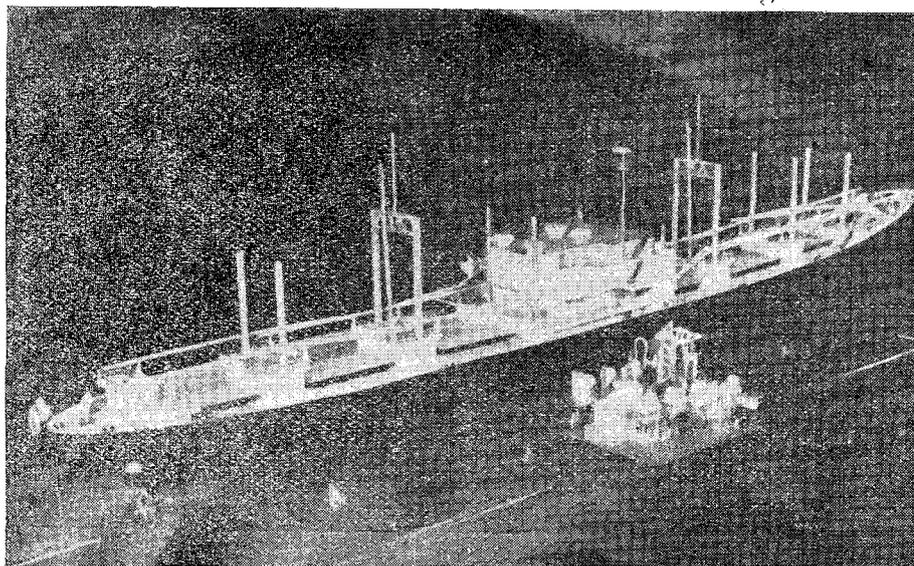
Y es bajo su dominio que la potencia encerrada en cada átomo de uranio, —aproximadamente de cinco millones de kilowatts hora—, se ha convertido en signo de amenaza y destrucción. Multiplicando estos cinco millones por un seis seguido de veintidós ceros podrán calcular la energía que nos ofrece media libra de uranio, y comprender el enorme poder destructor de las llamadas bombas atómicas, en las cuales la desintegración del átomo es total, hasta la desaparición absoluta de lo que fué uranio. Es decir, el uranio paga con su propia muerte la muerte que a través de él consume el hombre.

¡Paz para el átomo!

Los hombres de ciencia, horrorizados por el devastado y desolado aspecto de las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, por la ejecución en masa de ciudades

enteras, en un íntimo deseo de auto-rehabilitación y de rehabilitar el átomo, víctima y no verdugo de esa terrible sentencia, intentaron poco después, forzando el cerco de una presión de intereses políticos, derivar la aplicación de la nueva forma de energía hacia una nueva meta, humana y digna.

En diversos países, Inglaterra a la cabeza, proliferaron toda suerte de instalaciones, para usos industriales y pacíficos de la energía nuclear. Centrales eléctricas termo nucleares, centros de producción de isótopos radioactivos en gran escala, para ser aplicados como trazadores en medicina, construcción de buques equipados con reactores... etc. así



Modelo de mercante atómico en construcción (U. S. A.)

como la apertura de nuevos centros de investigación y estudio con móviles puramente científicos: comprobaciones de la edad de los restos o ruínas históricas, siguiendo a la inversa el curso de la vida de las sustancias radioactivas; estudio de la complejidad del núcleo y clasificación de las cambiantes partículas en él contenidas... etc. Y con el anhelo de hacer de su tarea un lazo de hermandad y de cooperación universal se creó la entidad «Atomos para la Paz», en cuyas sesiones pretendían darse cita los científicos y dis-

cutir abiertamente éxitos y fracasos, problemas y proyectos de su camino. Pero estas sesiones no van resultando como las habían imaginado los científicos. Van precedidas y seguidas de un aparato publicitario excesivo, vueltas por la ignorante expectación de los que suponen a la Ciencia instalada en un escenario y esperan que deleite al público con un triple salto mortal en cada sesión, y por la presencia de una innecesaria legión de políticos que pretenden dirigir las discusiones y los debates, provocar explicaciones o prohibirlas, según sus particulares intereses, que no tienen ningún punto de común con los de la verdadera Ciencia.

En la última conferencia de Ginebra quedó comprobado que si se desea que fructifiquen los propósitos de «Atomos para la paz» es absolutamente necesario que primero se cree un auténtico ambiente de paz en torno al átomo.

El átomo es simplemente un nuevo y amplio campo de estudio, no el símbolo de un nuevo fantasma apocalíptico que

pretenden manejar a su antojo los políticos. No se puede convertir al átomo en un espectáculo, aun sus complicados procesos de desintegración puedan sugerirnos, a veces, el arte de un prestidigitador o los arriesgados saltos de un trapecista. Menos, exponer al público, y ante sus ojos incomprensivos, la majestuosa derrata del átomo vencido.

¡Paz para el átomo! Que en una atmósfera y en un ambiente de paz, sabrá darnos el mejor fruto!

M. W.